PARÁBOLA DEL SEMBRADOR.

Esparce la simiente en el cercado
El labrador, y el grano de la orilla
Luego sirve de pasto al avecilla,
Y el que cayó en la peña es malogrado.

Del que en terreno fértil ha brotado,
Plantas no pocas la maleza humilla;
Y es, á la fin, contada la semilla
Que llega á producir fruto anhelado.

La palabra de Dios, semilla santa,
Nos arrebata el mal, ó en pecho frío
Muere, falta de jugo, tierna planta;

O á florecer no llega entre el sombrío
Zarzal de las pasiones; ó levanta
Flores y fruto al cielo en el estío.

1860.

JERUSALEM.

I

A Solima infeliz, queriendo el alma
En su fin meditar, dirige el vuelo,
Y en su presente silenciosa calma
La huella busca del antiguo duelo.
Hallo refugio al pié de amiga palma
Contra el rayo de sol en limpio cielo:
Sopla en el Olivar la brisa pura
Y entre las rocas el Cedron murmura.

II

Mas decidme ¿qué cántico lejano
Interrumpe el silencio en esta hora?
Tiene la voz influjo soberano
Si al cielo clama y se lamenta y llora.
A su acento el ejército romano
Vibra ante mí su espada vengadora,
Y la ciudad perece á hierro y fuego
Y es en escombros convertida luego.

III

¡Voz que las celestiales profecías
A los oídos de Israél cantaba!
Con ella al pueblo amado Jeremías
El cautiverio y muerte le anunciaba.
Pasan los siglos cual se van los dias
Y el arpa del profeta no se acaba:
Hoy á sus notas de dolor profundo
Salem despierta y se conmueve el mundo.—

IV

¿Cómo está solitaria y en ruinas
La ciudad noble y populosa y fuerte
Que dominó á la tierra? En sus colinas
Sentada, en orfandad llora su suerte.
Tributaria la hicieron sus vecinas;
Hála cubierto ya sombra de muerte;
Y al verla así, gozóse el enemigo
Y en adversario se trocó el amigo.

V

Más veloces que el águila pujante
Vienen los estranjeros batallones,
Y ponen de los muros por delante
Tiendas, máquinas, carros y pendones.
Hiere el pesado ariete resonante
Las puertas y los anchos torreones,
Y lanza la ciudad de los profetas
Al sitiador cual lluvia sus saetas.

VI

Mas ¡ay! acosa el hambre á los sitiados
Y les hace sufrir martirio lento,
Y el blanco de sus rostros agraciados
Trueca en color cobrizo ó ceniciento.
La piel junta á sus huesos descarnados,
Y al pié de la muralla, sin aliento
Les deja al fin, y es dellos envidiada
La dicha del que muere por la espada.

VII

En las plazas y calles los infantes,
Abandonados á su propia suerte,
Alzan las manecitas suplicantes
Y no encuentran piedad sino en la muerte.
Y colgado del pecho, fértil antes,
Todo recien nacido resta inerte,
En el seco pezon los labios fijos;
Y las madres se comen á sus hijos!

VIII

No creyeron los pueblos de la tierra
Que alguna vez Salem fuese rendida;
Pero á Dios y su ley declaró guerra;
Colmó de sus pecados la medida;
De la piedad divina el arca cierra,
Y es uva en los lagarès comprimida:
Su arco entesó el Señor y de su aljaba
Le dispara las flechas y la acaba.

IX

Cayó Sion de lo alto y con mancilla
Quedan el sacerdote y el magnate,
Y el reino todo que la frente humilla
Al feroz vencedor tras el combate.
Segados por la bárbara cuchilla
Del enemigo al decisivo embate,
Cubren plazas y calles sus guerreros
Y sus puertas obstruyen y senderos.

X

Sucumbe el sacerdote al pié del ara,
Y es el grandioso templo demolido:
De sus joyas sin par la copia rara
A todo aventurero ha enriquecido.
Que piedra sobre piedra no quedara
Del muro que á Salem ha circuido
Quiso el romano: en derribarlo emplea
Los restos mismos de la raza hebrea.

XI

No hay ya fiesta ni sábado, y desiertos
Sus caminos están: nadie visita
Sus anchas plazas y floridos huertos;
La ley no existe y pereció el levita.
Al mirar los escombros y los muertos
Oprime el corazon amarga cuita;
Faltó la inspiracion á los poetas;
Faltó vision de Dios á los profetas.

XII

En vano los ancianos esparcieron
En sus cabezas polvo y el cilicio
A sus miembros ya débiles ciñeron;
Y, del hambre y la espada ante el suplicio,
Las vírgenes sus frentes abatieron
Porque el cielo á Israél fuera propicio.
Autor el pueblo de su propio daño,
Sometió la cerviz al yugo estraño.

XIII

De Sion en el monte venerado
El templo falta y la raposa anida:
Ya no el són de las arpas acordado
A los mancebos á danzar convida;
Ya de su propio hogar les han echado;
Del tirano su casa es poseida,
Y á su puerta no van los tañedores
Ni se sientan en ella sus mayores.

XIV

Su leña y agua misma á peso de oro
Compra el pueblo infeliz á su verdugo:
Quiere sentarse en vano y vierte lloro
Cansado el prisionero bajo el yugo.
Y, al fin, á tierra estraña y sin decoro
¡Ay! al conquistador llevarse plugo,
De su legion triunfante tras las huellas,
Jóvenes, viejos, niños y doncellas.

XV

Dios á Salem ha envuelto en noche oscura
Cual la que reina en el sepulcro helado;
Sus caminos cerró con espesura
De maleza, y sus sendas ha borrado.
Si la ve el caminante por ventura
Cuando pasa á lo lejos, asombrado
Pregunta: "¿Es esta la ciudad que un dia
Fué de la tierra orgullo y alegría?"

XVI

¡Jerusalem, Jerusalem! No hay duelo
Como el tuyo, y es grande tu quebranto
Como la mar. Tu faz convierte al cielo;
De Dios en la presencia vierte llanto;
Dile que en tu ruïna sin recelo
Está engreído el enemigo en tanto.—
Y tú, hija de Edom, Babel altiva,
Humillada serás cual tu cautiva.

XVII

Solo Dios permanece eternamente,
Y duermen á su pié las tempestades,
Y es de misericordias dulce fuente
Y guarismo no tienen sus bondades.
Su nombre sonará de gente en gente;
Dominará su solio las edades.—
Vuelve ¡oh Dios! á Israél tu rostro amigo.
¡Grande su crímen fué! ¡Grande el castigo!

1860.